



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La belleza eterna.—A mi buen amigo el Excmo. Señor Marqués de Cabriana, eminente poeta; soneto.—Los bienaventurados.—Amor á una azucena; poesía.—Ayer, hoy y mañana.—Modas.—Explicacion del figurín.

LA BELLEZA ETERNA.

¡Cuánto y cuánto necesita una criatura para ser perfecta!

Hay quien al verse con una hermosa figura, se cree que lo es, y ya no cuida de modificar su carácter, de atenuar sus defectos ó reprimir sus vicios.

¿Para qué más perfecciones que un cutis de nieve y rosa, unos ojos negros y rasgados, una frente alabastrina, unos cabellos de oro ó de azabache (lo mismo dá para una descripción poética ó una pintura novelesca) y unos labios de coral?

¿Quién con una cara tan seductora, se cuida de los méritos del alma, ni para qué los necesita, cuando pululan á su alrededor mil apasio-

nados seres que la llaman con los más dulces títulos, y la admiran, y la adoran, y la encumbran, y la ponderan sin cesar?

Astro brillante como el sol, no le importan las estrellas, que con sus fulgores mates, no pueden oscurecer los suyos, tan refalgentes y vivos.

Aguila real, que dominando las altas montañas, no se cuida de las pequeñas aves que anidan en las faldas del corpulento palacio donde ella vive;

Rico y lujoso navío de alto bordo y poderoso almirante, que vé pasar las barquillas, impelidas por un pobre marino, súcio y tostado; ¿qué le importa todo aquello que vive bajo su dominio? ¿Cómo ha de temer nada, considerándose reina de la naturaleza?

Y sin embargo, hay quien prefiere el ruiseñor al águila, la luna al sol, la barquilla ligera al pesado navío, y la humilde pastora á la orgullosa emperatriz, que domina y manda.

Yo creo que toda mujer debe tener galas mo-

rales, por más que sea su belleza. Esta puede servir para arrebatarse de paso, como una luminosa exhalación que vemos en el cielo; pero ¿servirá de algo la bella cara de los atractivos, si tras de ella se esconde un carácter avieso, ó una mala pasión que hace daño?

¿No es mil veces más feo un sér hermoso, que la fealdad misma, si abriga un defecto de dañada especie?

Y si reúne á la fealdad del alma, la fealdad del rostro; ¿no es una cosa que aterra y estremece?

Creo que todas las mujeres, así las Vénus de mórbidas formas, como las que representan la muerte con sus descarnadas y negras figuras, pueden tener un lugar escogido en el corazón de los demás seres, si la hermosura de sus cualidades, pone sobre su frente una aureola de bondad y pureza, de abnegación y virtud.

Por desgracia, la mayor parte de las mujeres no se convence de esta innegable verdad.

Se cuidan de embadurnar sus rostros, de vestir sus cuerpos con rico atavío, sin comprender ni estudiar las bellezas del alma.

Esta, si es buena y leal, no envejece nunca, ni se despoja de la gracia de Dios y la admiración del mundo.

¿El rostro!... ¿Y qué es el rostro? La flor que brilla un día en los campos, y que al otro pierde su color, y al tercero se agosta, y al cuarto se reseca y arruga, desapareciendo al fin, sin que nadie se cuide de que adornó el prado con su hermosura.

¿Qué le importa á la sociedad en conjunto, ni menos á cada sér diseminado, estas flores de un día, que no dejan tras sí rastro ni perfume?

Muchas de ellas reunidas, adornan un campo, un jardín, un sitio de recreo. Gustan, se admiran, se contemplan; pero pasa su época, y se buscan otras nuevas, sin pena ni dolor, sin paralelo entre el ayer y el hoy, sin recuerdos siquiera.

Basta al deseo el poder sustituirlas: basta á la vista el poder contemplarlas. Despues, inconsecuencia y olvido.

Pero si cada una de estas flores encerrase un encanto que no fuese de los sentidos, sino del alma; si pudiese lograr con sus hechizos

morales encadenar nuestra voluntad, ¿la veríamos morir con esa glacial mirada que tienen los ojos más hechiceros, cuando les es indiferente el cuadro que contemplan?

¡Pobres flores! Siempre he derramado una lágrima cuando á la caída de la tarde os he contemplado marchitas y sombrías!... Me ha causado dolor vuestro lecho mortuario; ¡por qué no vendrían á llorar á él los que habian disfrutado vuestras delicias y perfumes!

¡Pobres mujeres! Si no sois buenas, si no teneis ternura, bondad y virtudes verdaderas, ¿cómo querreis que vuestros nietos respeten la nieve de vuestros cabellos cuando pase esa época ilusoria, en que hacíais conquistar afectos por la frescura de vuestro cutis y la perfección de vuestras formas?

¿Cómo os tributará veneración el mundo, si hasta la propia familia os menosprecia y ridiculiza?

Ni el sagrado del vínculo que os une á ellos, podrá librar su memoria de los lunares ó defectos con que manchasteis vuestra frente en la juventud.

¿Y no es horrible que el pasado le revele sarcástico y ponzoñoso al presente cualquier hecho culpable, que herirá vuestro sepulcro en el porvenir como el rayo de sol que hasta los frios mármoles calienta?

Si no hiefisteis feliz á un esposo, si no respetasteis vuestros padres, si manchasteis sus canas, si escarnecisteis su honra, si desgarrasteis su decoro, ¿qué vergüenza no sufriréis mañana, cuando veais la sonrisa de menosprecio que causa vuestra arrugada tez, vuestra frente sombría y vuestra espalda encorvada?

Nadie os dará la mano: no encontrareis un brazo amigo en que apoyaros: no tendreis un jóven y esforzado defensor, que llenos los ojos de lágrimas de ternura, os brinde con su fuerza, su inteligencia y su voluntad.

¿Y cuándo necesita la criatura más apoyo y sosten, que en ese período de la vida, en que constantemente disputa la muerte su presa, para hundirla ó elevarla á la posteridad, segun las virtudes ó culpas de su vida?

¿Cuánto entenece una anciana que rodeada de niños les explica moral en sencillos cuentos, ó los adormece y arrulla sobre los blancos

linos de la recatada pañoleta, que cubre un seno no agitado aun por las turbulencias y malas pasiones de la vida!

Esta figura nos representa una santa á quien adoran los ángeles, al ir á dejar la vida para llegar á su Dios.

Si los goces del hogar son los únicos goces de la existencia, ¿cómo no caminan todos á obtener ese fin sagrado?

¿Cómo se olvida la mujer de lo que debe á los demás y lo que se debe á sí misma?

¿No habeis recorrido alguna vez las rústicas casas de una aldea? ¿Esas casas donde se entra con la sola palabra de Dios en los labios, sin necesidad de permiso, ni de insolentes criados que os miren á hurtadillas, ni de lujosas antecorredores, ni de exageradas cortesías ni nada que violenta vuestra naturaleza?

¿Qué habeis visto allí? ¿Qué os ha conmovido y ha enternecido más?

Aquel rincón de la alegre chimenea, donde sentada una anciana venerable, hila á la luz de un candil los rubios copos de cáñamo.

Su amorosa y larga familia la rodea con el mismo temor y respeto que si fuesen á hincarse ante el altar, donde los domingos celebra la misa el párroco.

Ella reparte miradas benévolas y cariñosas, y cuando estiendo su diestra sobre la cabeza de alguno de sus hijos y le bendice, creemos que es la bendición de Dios.

¿De qué nace esta veneración sagrada? ¿Por qué este respeto santo? Aquella pobre mujer no ostenta á la entrada de su misero albergue ningún escudo de armas, no encierra en sus viejas arcas ningunos pergaminos que atestigüen su nobleza, no viste terciopelos ni está sentada en la rica butaca de damasco. Un antiguo sillón agujereado y carcomido le sirve de asiento, una ahumada cocina es su rico gabinete y un traje de parda estameña su elegante ropaje....

¿Por qué domina? ¿Por qué atrae? ¿Por qué seduce su trato?...

¿Por qué su voz nos conmueve? ¿Por qué su lenguaje sencillo hace latir nuestro corazón?

¿Por qué la miramos conmovidos, y sus palabras son órdenes que descamos obedecer, y la consagramos un culto religioso y profundo?

Porque el dominio de la virtud supera al del oro, al de la más antigua nobleza y á los ricos artesanos de las más grandes estancias.

Os habrá sucedido más de una vez acercaros á una era, donde el honrado labrador siega sus mieses.

Aquellos segundos padres de la naturaleza, aquellos decanos del tiempo, que no necesitan el estudio de la astronomía para explicar los misterios de la esfera celeste, trabajan con ardor. Allí los veis sin que parezca que el sol les hiere, ni ningún elemento les combate.

Su desordenado cabello, su traje humilde no es suficiente á que dejeis de respetarle y quererle; pues cuando levanta la cabeza para miraros y deciros: «Dios os guarde,» os sentís conmovido y lleno de respeto hacia aquel hombre que á fuerza de gotas de sudor gana el pan de sus hijos. ¡Oh! ¡Bendita honradez! ¡Qué buena eres!

Así en todas las escalas sociales se acata donde quiera que se encuentra; pero en la mujer, sobre todo, es una aureola, sin la cual no hay hermosura posible ni duradera.

ROGELIA LEON.

A MI BUEN AMIGO

el Excmo. Sr. Marqués de Cabriñana,
eminente poeta.

SONETO.

Codicia el vulgo, de brillar sediento,
El mundano poder y la riqueza,
Dones que desaparecen con presteza
Cual niebla leve que arrebató el viento.

De la santa virtud y del talento
Que al hombre ofrece perenal grandeza,
El noble, el sábio á la suprema alteza
Aspiran solo con sublime aliento.

Así tú, caro amigo, que comprendes
Cuán vanas son las dichas mundanales,
En la llama del bien tu pecho enciendes:

Y del génio en las alas celestiales
Al templo augusto del saber asciendes
Alcanzando laureles inmortales.

JOSÉ LAMARQUE de NOVOA.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POETA D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuacion.)

A Alejo no le llegaba la camisa al cuerpo, temiéndole que su camarada tuviera un fin desastroso, pues con tantos asesinatos era de esperar, ó que le sacudieran el día menos pensado una paliza decente, ó que interviniera el gobierno, y le mandara salir de Madrid para un destierro, escollado por la guardia civil. Nada de esto sucedió por fortuna, y los dos muchachos siguieron viento en popa hacia el fin de su carrera, auxiliados por algun diablillo protector de todos los hombres de chispa, y ejerciendo sus industrias sin detrimento de la honra.

Y decimos sus industrias, porque hay que advertir que Alejo no se estaba con los brazos cruzados, mientras el cofrade Juan sudaba la gota negra, que esto hubiera sido indigno de la amistad que se profesaban, y no tenía maldita la gracia que uno solo llevara los azotes, y el otro le ayudara perezosamente á disfrutar la insula, comiendo la sopa boba y viviendo á lo señorito; nada de eso: Alejo estaba tambien consagrado á otra industria, solo que esta era menos peligrosa que la de Juan, y no ofrecía el trabajo de salir de casa para ejercerla.

Ya me parece, lector amigo, que estás rabiando por saber en qué se ocupaba el bonachon de Alejo, y como la curiosidad se aumenta á medida que se multiplican los rodeos, me aprovecho de este para que la tuya tome más grandes proporciones, y para que no pierdas palabra de lo que vas á leer, que es digno de llamar la atención de los siglos pasados, presentes y venideros.

El pudibundo Alejo se entretenía simplemente en cazar gatos.

Para tí, lector amado, y para el que como tú pueda disfrutar de ciertas comodidades (porque yo te supongo bien acomodado en el mero hecho de haber adquirido estos cuadros con su cuenta y razon), para tí, repito, no tendrá grandes encantos el *gaticidio*, delito contra un

animal inofensivo (cuando no araña), y que ejerce un papel importantísimo cerca de la corte de los ratones, siendo verdugo de estas canallas en todo tiempo, divertimento de las abuelas, y pacífico guardián de la casa, que duerme al lado de la cuna de los chiquitines, y que no los deja dormir en el mes de marzo con sus amorosos maullidos. Repito que para tí será el *gaticidio* ahora y siempre una fechoría de mala ley, y eso que el gato se habrá comido más de cuatro veces lo que tú te habías de comer: pero Alejo no tenía los mismos motivos que tú para guardar consideraciones á la raza felina, y antes que hacerse homicida como Juan Tenaza prefirió ser *gaticida*.

Y *gaticida* científico, es decir aprovechado, porque el muy truhan aprendió no se sabe cómo la influencia que tiene la raíz de *valeriana* para atraer á los gatos, y adoptó aquel resorte para enredarlos entre las mallas de la muerte.

Decidido á hacer la guerra á la familia gatuna, eligió por teatro de sus hazañas el tejado de la buharda en que vivían: abrió un agujero (*gatera* en términos técnicos) y se encaramó una noche arriba, pertrechado de un fuerte cocimiento de raíz de *valeriana*, y de un enorme garrote que le había de servir de maza en la terrible tarea del *gaticidio*.

Empezó á hacer equilibrios sobre el tejado, y como era un gimnasta poderoso, llegó sano y salvo hasta el grueso cañon de hierro de una chimenea, y allí se instaló pacíficamente, depositando en el suelo el puchero donde llevaba el cocimiento de *valeriana*, y esperando, garrote en mano, á que acudiera algun gato.

Aquella noche cazó dos, y contento con su buena suerte, regresó á la buharda tiritando de frío, porque esto sucedía precisamente en el mes de diciembre, de modo que el pobre chico se puso á la temperatura del carámbano.

Inútil es decir que aquellos dos gatos difuntos fueron condenados á la pena de ser estofados, y que á los dos camaradas les supieron á liebres, asegurando que aun estaban más tiernos que los que dan en algunos *restaurant* de buen tono de la coronada villa, donde, á pesar de lo bien que se paga, suelen esponder *gato por liebre*, con bastante frecuencia.

Por algun tiempo el delito del *gaticidio* les su-

ministró víctimas en abundancia, y tanto, que es fama esterminaron todos los gatos del barrio, y cuando ya no acudían al apostadero del tejado, se iban á las casas de los amigos, y como Alejo apestaba á la lengua á valeriana, se venían á él que era una bendición, y los atrapaba al descuido, llevándoselos debajo de la capa.

Pero todo tiene su término en este mundo y aquellos gaticidios le tuvieron también, no por falta de víctimas, sino por empacho de gatos como se suele decir, pues gato á todas horas, en almuerzo, comida y cena, era para dar al traste con el estómago mejor organizado.

Los dos amigos se *engataron*, ó en otros términos se fastidiaron del gato, y aun á decir verdad, el pobrecillo de Alejo tuvo una noche un cólico de marca mayor, durante el cual, según el testimonio de Tenaza, no dejó de *mayar*, por lo que manifestó seriamente al otro día á los profesores del colegio de San Carlos, que había descubierto una nueva y curiosísima enfermedad, la *gateritis*.

Y para no hacer este bosquejo interminable, y entrar de lleno en el principal asunto de este cuadro, omitimos una porción de detalles de la vida estudiantil de los dos camaradas, no sin manifestar antes, que en el momento que los hemos presentado á la consideración del lector, habían mejorado algo de suerte, y así los vamos á hacer una visita á su casa de la calle del Tribulete, donde los hemos dejado en paz y en gracia de Dios, antes de escribir estos apuntes de su vida pasada.

(Se concluirá.)

AMOR Á UNA AZUCENA.

Rubia doncella que mi pecho agitas
Con dulce amor y con amarga duda,
Torna la vista á tu rendido bardo,
Torna y escucha.

Perlas vertiendo de rocío, asoma
Plácido día por lejano monte,
Y le saluda murmurando el viento
Entre las flores.

Una mujer de juventud lozana,
Una mujer como los astros bella,

Corre veloz á su jardín y corta
Blanca azucena.

Forman su dicha los aromas suaves,
Forman sus hojas el encanto suyo,
Por esa flor el atractivo olvida
Que ofrece el mundo.

Llega la tarde, en occidente oculta
El astro rey su cabellera roja;
Y la azucena su frescura pierde,
Pierde su aroma.

«¿De qué me sirves, la doncella grita,
Si ya tu cáliz agostado veo?»
Y con la risa del cruel escarnio
Tírala al suelo.

¡Cuántos al ver que su adorada virgen,
Virgen quedó sin corporal hechizo,
Tiran su imagen al odioso polvo
De eterno olvido!

Huérfana hermosa, la de blanca frente,
Huérfana, envidia de las bellas flores,
Es el sentir de mi agitado pecho,
Sentir más noble.

Rasgar podemos la azucena mustia;
Tuvo tan sólo en su corola gracias,
Mas la azucena que mujer llamamos,
Flor es con alma.

Es el amor que en la hermosura estriba,
Amor de inmundo, terrenal deseo,
Es el amor que tras el alma marcha,
Amor del cielo.

Muchas ostentan exterior belleza,
Belleza pocas en el alma abrigan,
Tu alma es modelo entre las bellas almas,
Huérfana mía.

Por eso el bardo que á tus piés entona
Dulce canción, con entusiasmo jura
Que adorará tus sacrosantas gracias
Hasta la tumba.

¿Hasta la tumba adorará tan solo?

¿No son los goces del amor eternos?
Dios á los que aman con pasión tan santa
Une en el cielo.

TIMOTEO ALFARO.

AYER, HOY Y MAÑANA.

Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899,
por D. Antonio Flores.

CUADRO VEINTE.

EL SÍ DE LAS MADRES.

(Continuacion.)

Cierto es que la publicidad del siglo ha hecho poco necesaria esta revista de inspección, y que con solo asistir á los teatros, entrar en los cafés, acudir á los bailes y leer los periódicos, podríamos escusarnos de visitar á las gentes en sus casas; pero todavía creemos que ha de pasar en ellas algo digno de nuestro exámen, y por eso escribimos el presente capítulo y otros que daremos más adelante.

Para saber que una hija de familia tiene novio, nos basta leer con atención la gacetilla de los periódicos, la cual se cuida de decirnos:— «que se habla en tales ó cuales círculos del proyectado enlace de la señorita A... de G... con el joven H... de R...» Si los padres se oponen á la boda, también nos lo dirá el periodista; si se aplaza el matrimonio, porque está constipado un tío de la novia, lo sabremos por la gacetilla, y no faltará una *Revista de salones* que nos cuente minuciosamente los amores de los novios, el dote de la chica, y cuantas circunstancias ocurran en el proyectado enlace; hablándonos por fin del desposorio y del lugar en que van á pasar la luna de miel, y aun refiriendo ciertos pormenores de ésta. Si á esta crónica íntima, añadimos la que corre de boca en boca en el café y en los casinos, con el título de *crónica escandalosa*, lo sabremos todo, y aun algo más de lo que quisiéramos y debiéramos saber. Allí nos dirán por qué se ha hecho la boda antes y con antes, ó por qué se ha negado el novio á firmar la carta de dote, ó qué razones tenía la madre para no dar su consentimiento, ó qué destino le han dado al novio como regalo de boda, y muchos otros chismes por el estilo. Pero á pesar de todo, queremos ir á casa de la novia.

No es su alcurnia de las primeras de la corte, y aun hay quien dice que era de las últimas cuando el jefe de ella acudió de los primeros á comprar bienes nacionales, con los que hizo una fortuna verdaderamente mostrenca. La señora de la casa había sido criada en el santo temor de Dios (frase que, como sabe el lector, encier-

ra un curso completo de educación), y así pensaba criar y hubiera criado á sus hijas, si Dios se las hubiese dado, cuando su marido tenía un corto sueldo, y por necesidad pasaba en casa ayudando á los quehaceres de ella gran parte del día y toda la noche; pero empezó á parir cuando empezaba á alumbrar el sol de la libertad y el astro de la civilización por un lado, el tambor de la milicia por otro, y el cañón de la tiranía por ambos, la trastornaron de tal modo, que no supo lo que se hizo, hasta que vió la gran fortuna que su esposo había hecho, al son de los tambores y al rumor de la guerra civil. Hallóse, sin saber cómo, instalada en una gran vivienda; rodeada de muebles de gran lujo, mientras los que le dejaron sus padres habían emigrado á una prendería: cuando trataba de dar de mamar á sus hijos, se encontraba con que ya lo había hecho una ama de cría; al salir á paseo, un lacayo le abría la portezuela del coche; las noches las pasaba en el teatro; los días apenas le alcanzaban para dejarse peinar y vestir, estrechando su pié y su talle á la vez que sus relaciones con el zapatero y la modista, y así era natural que no tuviese tiempo ni para dar un beso á sus hijos. Verdad es que estos iban creciendo y los colegios se los iban llevando, casi desde los brazos de la nodriza; y en cuanto á su esposo, algunas veces le veía á la hora de comer, y solía permitir que la fuese á buscar al teatro ó á las grandes reuniones.

Así se ha hecho la transformación de la hija de 1800 en la madre de 1850. Aquellos tiempos, aquellas gentes y aquellas costumbres, produjeron el *sí de las niñas*; y otros tiempos y otras costumbres, han producido con las mismas gentes, el *sí de las madres*.

Allá va el cuadro:

La marquesa del Suministro es feliz desde que puede firmar sus cartas con este título, y oírse llamar marquesa en vez de doña Gertrudis ó Gertruditas, como la decían á los cuarenta y cinco, sus coetáneos. No ha hecho ella con sus hijas el disparate de bautizarlas con los prosáicos nombres de los antiguos santos españoles, y en vez de condenarlas á que se oigan llamar Domingas ó Anastasias, ha puesto á la una Elisa y á la otra Laura. No las dió de mamar cuando niñas, ni las amamantó después en la doctrina cristiana, ni las ha enseñado á coser, ni menos á zurcir, ni quiere que sepan lo que es remendar, ni nada de lo que constituye el gobierno de una casa. En el colegio han aprendido á rezar en francés, á hacer cortesías á la francesa, geografía universal, algo de historia de España, escrita en francés por supuesto, y leen de corrido novelas francesas.

Hacen flores artificiales, si sus padres les compran todo el artificio francés que se vende para

hacerlas, ó mejor dicho para armarlas; tocan en el piano un nocturno *sobre motivos* franceses, cantan una plegaria con *aire* francés, y son, á los ojos de sus padres, lo que hoy se entiende por unas niñas bien educadas, y para sus abuelos, héroes del *dos de mayo*, un perpétuo trágala.

Elisa, la mayor de las hijas de la marquesa del Suministro, dejó el tonelete cuando aun no habian dejado el teatro los puñales y los venenos del romanticismo, y aunque ya estaba espirando la escuela de los Borgia dramáticos, se hizo romántica. La primera pasión que ofuscó su mente fué la del amor y se enamoró ciegamente, aunque sin saber de quién, ni cómo, ni cuándo. Bebiendo el vinagre á medios cuartillos y aspirando el amor á espuelas, logró ponerse ojerosa y pálida y hasta cadavérica, sin haber tropezado con el Dulcineo de sus amores, sin saber otra cosa del señor de sus pensamientos sino que por fuerza habia de ser jóven, alto, escuálido, cadavérico, de ojos negros y fuera del cráneo, aunque sin caer al suelo, por contenerlos los anteojos, que eran de rigor, como lo era asimismo una espesa, larga, sucia y desgredada cabellera negra. Cuando ya estaba bien cargada de amor y de romanticismo, fué cuando halló el amante romántico, que tambien hasta entonces habia estado suspirando por una ingrata desconocida. La primera vez que se vieron, adivinaron que hacia largo tiempo que se amaban, y con una mirada melancólica que se dirijieron, juraron vivir eternamente unidos, y alzando despues los ojos al cielo, dijeron entre dientes:—*Tu amor ó la muerte.*

El se dirigió á un café, donde gratis, como el agua y el periódico del día, le dieron papel y tintero, y allí sacudiendo la melena que le caía sobre los ojos, mordiéndose las uñas y atusándose el bigote, escribió en octavas reales una declaracion amorosa, que al día siguiente publicó un periódico de literatura, titulado *No me deses*, encabezándola con este epigrafe: *A E.****

(Se continuará.)

MODAS.

Correo de señoritas.

Estamos en una época de transicion en que agotadas todas las creaciones de una estacion, nada acertado puede decirse acerca de la estacion venidera. Nuestros detalles deben limitarse á designar los objetos que mantienen la moda, esperando las novedades que se nos prometen para el próximo mes.

Los tejidos escoceses están en boga. Solo se ven sombreros, echarpes y vestidos escoceses. Tambien hay rotondas en tela escocesa, con gruesa franja de lana igual que las guarnecen todo alrededor. Estas confecciones que gozan de gran favor en los baños de mar, van á cerrar la série de confecciones tan variadas este año. Hemos visto preciosas muestras en popelina y cachemir escocés, y en sederías fondo negro á ramitos adamascados.

Dentro de pocos días habrá tambien toda una coleccion de dibujos nuevos en trajes de foulard; en el día los más corrientes son los de ramitos destacados en relieve á dos tintas sobre fondo gris almendra, lila, azul, verde inglés, cuero de Córdoba y nankin. Los foulards Schanghaï son los más distinguidos de la estacion.

Los sombreros redondos no pueden adoptarse por las personas de la más pura distincion sino para el campo. Todos los días tropezamos, ya sea viajando ó en los baños de mar, con los llamados *mademoiselle* y otros caprichosos nombres, cuyas maravillosas guarniciones nada dejan que desear á la más inspirada fantasía, que apoderándose de una rama de botones de rosas la coloca haciendo frente á una cresta de plumas azules. Estas plumas superan el copete de un lindo sombrero de paja de Italia, rodeado de dos ó tres vueltas de terciopelo azul.

La parte baja se guarnece frecuentemente de color, y algunas veces los bordes están adornados de un pequeño encaje. El sombrero *mademoiselle* tiene un borde levantado sobre el lado, y los adornos tan vários como los gustos de nuestras bellas viajeras.

Los sombreros Enrique II inclinan su pabellon ante estos recién venidos que marchan imperiosamente hácia el triunfo. Los hay preciosos de paja gris adornados de plumas matizadas, y otros de paja negra con plumas tambien negras. Los que llevan un velo Chatelaine son graciosísimos.

Hé aquí los sombreros de calle que más han llamado nuestra atencion.

Uno de paja de arroz adornado de plumas marabout en el lado izquierdo; de enmedio del copete se escapa otra pluma bucleada que vuelve sobre el ala á coronar la frente; un

retorcido forma dobles bridas, y termina el adorno.

Otro de crespon gris perla; rosas punzó producen un efecto encantador interior y esteriormente.

Un delicioso sombrero de crin blanca guarnecido de violeta; violetas y yedra componen el adorno.

También se hacen nuevas creaciones en este género, adornadas con franjas de felpilla terminadas en bolitas amarillas, cuya guarnición se emplea especialmente en los sombreros de paja.

Los niños llevan sobre poco más ó menos las mismas modas. Se han hecho multitud de trajes para niñas de siete á doce años, en gasa de Chambery, fondo blanco con adornos compuestos de arcos entrecruzados de tafetan picado y en conexión con los cuadritos de la tela, que produce un efecto muy gracioso.

En lugar del cuerpo se adoptan los tirantes adornados de tafetan picado. El volante que compone el adorno está picado por arriba y por abajo, y tiene pié.

Estamos en el caso de los piqué que se emplean para pantalones y vestas en trajes de niños. Los botones son blancos.

Mirad un traje de popelina gris para una niña de ocho años. Se compone de falda y vesta, cuyas mangas tienen vuelta; la guarnición es muy sencilla. Se reduce á una banda de tafetan escocés, siguiendo el bajo de la falda á la altura de un falso de ocho centímetros; la vesta guarnecida de lo mismo. El escocés ha de ser verde y azul, disposición muy adoptada.

La lencería es propiedad de todas las estaciones, y bajo este concepto merece siempre nuestra atención.

Se hacen muchos cuerpos blancos con una gracia encantadora. Los hay con los forros adornados de encaje. Citaremos uno de muselina blanca en forma de paletot adornado de dos volantes con jareton, y terminados por un valencienne de dos centímetros de anchura. Los volantes tienen doce centímetros, y encima se coloca un entredós de encaje.

Las mangas se guarnecen igualmente de entredoses.

Un lindísimo modelo de cuerpo blanco es

regularmente plegado con entredoses y encaje estrecho ondulado en los bordes; cuello guarnecido lo mismo, y mangas anchas.

Una pelerina cuadrada, compuesta enteramente de encajes de Valenciennes. La guarnición es de encaje.

Mangas de codo adornadas de bullones de alto á bajo, y de un valencienne de diez centímetros.

Otras mangas se guarnecen de encajes de Alençon. Estas son tan elegantes y escogidas como las primeras, pues se llevan para vestir.

En la próxima revista os daré, queridas lectoras, los productos de perfumería más recomendables, que tan distinguido lugar ocupan siempre en el tocador de las elegantes.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura.—Falda de muselina blanca formando el bajo un ancho jareton. Cuerpo compuesto de bullones y entredoses. Manga larga, ancha, sujeta al puño con un encaje. Cinturon de tafetan escocés azul y verde que se enlaza en el costado, bajando en dos anchas bandas terminadas por un fleco. Corbata negra. Sombrero redondo de paja belga, con plumas blancas y negras; el borde y el contorno de la copa de terciopelo negro.

Segunda figura.—Vestido de moiré de estío á mil rayas, verde y blanco, adornado con bandas de tafetan verde, que guarneciendo el bajo de la falda suben por el delantero, cubriéndolas de distancia en distancia otras bandas más pequeñas de tafetan blanco recubiertas de encaje negro, que van formando cuadros en el delantero y encuadrando la banda verde. Cuerpo alto adornado por el mismo género como igualmente las mangas, que son casi ajustadas. Sombrero de paja de arroz, bavolet de terciopelo leonado, puff de plumas blancas y leonadas, bridas semejantes, y ornado el interior con botones de rosas y tul de ilusión.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.